

La fuga disociativa de un hombre enamorado

Por Max Aguirre Rodríguez

Estoy enamorado de una mujer de 16 años. Una que es cautiva de la hipersexualización de estos tiempos, hija de un matrimonio roto y abandonada en mi país (como el resto de personas de clase media baja). Soy un escritor fracasado de 29 años. Alguien que con disciplina, y buenas decisiones, pudo haber sido parte de la élite intelectual de un país lleno de ciegos. Mis mayores obstáculos: mi orgullo y haber elegido la carrera de periodismo (labor que yo equiparo a la de simples secretarios de los poderosos). Alexandra, o “Ale” – como me encanta decirle-, en Facebook se muestra como una chica hambrienta de penes y de sodomización. La imagen dista mucho de la muchacha dulce con la que he hablado. La recuerdo atenta a mis preguntas y anécdotas, obnubilada por mi interés en su viaje en bus de 7 días desde Caracas a Lima y horrorizada, cuando en un momento en la que los temas ya no fluían, por mi propuesta de irnos a pasear “por ahí”. Su mirada se puso muy esquiva, miró hacía arriba como zafándose de la situación. Cuyo carácter vergonzoso estaba acrecentado por la presencia de mi madre, algo distante, y su hermanita de 10 años mirándola sonriente, solo fijándose en las reacciones positivas de Ale y las mías. Esa fue la última vez que la vi en persona. Luego de eso hablamos y bastante por Whatsapp. Eso fue el viernes 13 de marzo del 2020, en la pequeña tienda que tiene mi familia, una donde le vendimos el tinte rubio extra claro que tanto quiso (y que su madre le facilitó, como siempre hace).

Alex Aguilar

13 de abril del 2020

Capítulo 1: ¿quién vigilará a los vigilantes?/ fuga

No sé si este mundo es una tregua o una prisión. Ante mí están las vivencias de otras personas y de otros yo. Mi mayor anhelo es conocer a la perfección cómo piensan los demás, en especial quienes son objetos de mis estudios. Pero a veces mi sentido de realidad se deteriora.

12 de octubre del 2014

Todos los que saben mi nombre, no me conocen realmente. Podría decir que soy Charly, autista funcional, putero y, desde el 2013, detective privado. Pero eso sería mentir. Y mi ideología liberal me impide hacerlo, al menos conmigo mismo. Tengo dos pasatiempos y los ejecuto con pasión: perseguir mujeres por las calles y preguntarles si cobran o no. Cuando mi interrogante es saciada positivamente, pacto una cita privada, tengo sexo bajo unos lineamientos precisos y publico un rating en la página “Hermanos de leche”. Soy “Mefistosinjebe” para toda la comunidad putañera de Lima. En “Perutops” soy “Kamikaze69”.

¿Entonces dónde estoy ahora? La última persona que me contactó me pidió seguir a un tal Alex Aguilar. Estoy en una iglesia, cinco sillas lejos de él. Todos están orando con los ojos cerrados, con la cabeza sumisa, en la completa oscuridad. Yo no puedo cerrar los ojos. A mi lado derecho está una guapa señorita de 18 años, copa A, cabello rubio oscuro, senos pequeños y seguramente rosados. La señora de mi izquierda, con anillo de casada, cabello castaño claro, copa C, está con una camisa que pretende ser recatada. No tiene muchas arrugas cerca a la boca. Raro en una mujer de casi 40 años. Ha tenido una vida poco feliz y nunca ha chupado un pene.

No, no soy Charly. Yo soy Alex Aguilar. No es el 2014. Es el 24 de abril del 2020. Mis recuerdos siguen bloqueados. Llevo así 9 días. El 16 me escribió una chica, de la que recordaba muy poco. Hoy sé que yo la quería. Ella me impulsa a recobrar mi vida anterior, esos años perdidos que hacen que actualmente me sienta más joven de lo que realmente soy. En el espejo veo a alguien, pero no me reconozco. La otra clave para recuperar mi vida es un nombre: “Luis Borja”. Sé que estábamos escribiendo un libro sobre su

adicción a las drogas. Siento que debo salvarlo, siento que esa es la clave para salvarme a mí mismo. Para eso debo viajar en el tiempo. Eso tengo que hacer.

Antes de hacerlo, quería dejarme a mí mismo algunas indicaciones sobre estos días. Lo he pensado mucho y creo que yo soy la personalidad verdadera. El otro es la persona que creé para lidiar con los traumas y el rechazo. Debemos retomar nuestra carrera periodística. Odiamos el periodismo actual, pero no hacemos nada para cambiarlo. Nos genera mucho estrés discutir con personas que consideramos inválidas mentales (como nuestros ex compañeros de la universidad). Pero todo eso es necesario. El odio y la violencia están bien. Las burlas están bien. Ese es el lenguaje de esa gente. Hay que aprenderlo. No hay que callar. Porque el público es idiota también. No le importa los argumentos, le importa el espectáculo, que grites y que humilles. Eso quiere. Debes intentar ser un poco así.

Como antes de pasar tiempo en la iglesia. O quizás no. Quizás el silencio (y una mueca de desaprobar) está bien. Pero no es la única opción. Quieres ser un buen hombre. Está bien. Pero no lo eres. No te recordaré por qué pasamos todo ese tiempo en la iglesia. No estás listo. Tus conocimientos son limitados, nunca podrías entenderlo en el estado actual. Debes volver a tener el hábito de lectura. Me recordarás en cada palabra que vuelvas a tener ante tus ojos. Entenderás muchas cosas, podrás anticiparte a mucho. Cuando eso suceda, estarás listo de nuevo para un verdadero caso. Además, volver a aprender todo lo que has olvidado te dará la confianza que necesitas. Cuando completes ese camino, seremos uno solo. Odio tener que desaparecer, pero de ti depende de que solo sea temporal. El periodismo es una labor social, tu compromiso es con la gente (sí, con la misma gente que desprecias). Nunca aceptes dinero por esa labor. Sí, ambos somos mártires.

Sobre Alexandra (o “Yei Mar”-como me gusta decirle de manera burlona-) solo queda decirte que hay 33 razones para no estar con ella, están bastante detalladas. Borraste el chat que tenías con ella, pero dejaste su nombre completo. Eso fue suficiente para saber quién es. Ella es una chica dulce, pese a lo que pueda aparentar. Si lees mis 33 razones en contra y aun así la quieres, debes tener mucha paciencia. Seguir su juego. Sí, sigue enamorada de su ex, eso está científicamente comprobado. Terminaron aparentemente a mediados de octubre del 2019. Y seguirá pensando en él un año después. Lo sigue buscando. Probablemente ha seguido hablando con él con más frecuencia de

la que describí en la décima razón de mi informe. Insinúate sexualmente. Le hablas con un tono paternal muy incómodo. Por eso para ella no es fácil aceptarte. Bueno, hay muchas razones para eso. Lee bien mi informe. Y no eres bisexual. Nunca tuvimos nada con ningún hombre. Para que dejes de atormentarte: de niño besaste a otro niño, pero no sentiste nada. En la iglesia dormiste con muchos hombres y no pasó nada. Pasaste una noche con Anselmo en Cieneguilla y no pasó nada.

El vaso con el jugo de San Pedro espera. Sí, la mescalina hará el trabajo. Veo que se te aparece un fantasma señalando tus errores, siendo quisquilloso o arreglando tus palabras de manera burlona. No es uno de tus compañeros de la universidad. ¿No lo reconoces? Somos nosotros mismos. Nosotros somos ese idiota que señalaba el error de otros de manera intrusiva e hiriente. Aquel que tiene pocos amigos verdaderos. Aquel que aprendió a ser empático años después. Probablemente ese fantasma también tenga que ver con lo poco cariñoso que fue tu padre. No hubo mucho refuerzo positivo por parte de tu padre, ni por parte del padre de tu ex compañero. Le caes mal simplemente porque no lo alabas como los demás. Porque no lo felicitas lo suficiente. Pero se te ha olvidado que sí llegaste a felicitarlo alguna vez y cambió. Un puto marica. A mí me cae mal. No le hables si no es necesario. No eres su padre. Hasta pronto. Es hora de salvar a un amigo.

2 de noviembre del 2014

Son las 10 y 20 de la noche en este mundo. Me encuentro sobre una silla en un círculo mal hecho por 13 personas. A mi izquierda está nuestra guía espiritual: la apetecible Camila. Se supone que estaba siguiendo a un sospechoso, un asesino serial. O no lo sé. Soy consciente de que todo esto es un sueño. O quizás no lo es. El asesino, me aventuro a decir que lo es, se encuentra frente a mí, a unos cuatro metros. “Miguel”. Así lo llaman. Ambos estamos sentados y vistiendo ropa más o menos formal, algo que contrasta con este sitio que en las mañanas es frecuentado por jugadores de ajedrez de entre 40 y 50 años de clase media baja. La tal Camila se me hace una charlatana, pero su voz, su discurso (bueno, sus curvas), hacen que pagarle se sienta como algo normal. La mayoría de los clientes son feos. Ah, sí, olvidé decirlo: estamos en un supuesto grupo de autoayuda apodado “Máquina del

tiempo”. Pero en realidad todo se reduce a contar nuestros problemas, distraernos con Camila y drogarnos.

La fealdad e incomodidad de los asistentes me sugiere la anterior profesión de Camila: dama de compañía. La mesa que está cercada por las 13 personas tiene 20 vasos llenos de mescalina extraída del cactus de San Pedro, el cual no es escaso en Lima. Nosotros 12, sin contar a la alta jovencita, tenemos que ser parte del teatro místico de Camila. Los otros 8 posibles asistentes se ahorrarán eso y vendrán directamente a recrearse.

“¿Y tú por qué no tomas?”, le increpó el asesino. “Así no funciona. No te preocupes, hoy sentirás mejor los efectos, Miguel”, le respondió dulcemente Camila. Se supone que esta bebida haría posible una regresión. Si yo podía regresar y tirarme a Nathalia (ya retirada), los 100 soles estaban bien pagados. Nos pidió a todos que nos agarremos de las manos y nos concentráramos en lo que queríamos cambiar de nuestro pasado. Y nos preguntó si realmente seríamos capaces de aprovechar una oportunidad así. “¿Puede el hombre controlar su destino o es más fuerte el caos del universo? Hoy lo comprobaremos”, sentenció ella. La experiencia previa a ese viaje no era placentera. Te daban ganas de vomitar y de cagar. A mí nadie me avisó que no comiera nada. Me dieron temblores por todo el cuerpo y un fuerte dolor de cabeza y estómago. Hasta que finalmente dejé de sentir y pude ver imágenes que se alternaban frenéticamente. Por momentos veía a un bebé gritando y a un hombre que se acercaba. Él se acercaba a un hospital. Su sueño se había cumplido: el pequeño había sido estrangulado.

Yo corrí hasta el 2015, a las aulas de la UPC. Le grité a Luis tan alto como pude. Sentía que tenía poco tiempo. Le expliqué que estaba ahí para salvarlo de la adicción a las drogas, que había viajado en el tiempo. Pero Luis no quería ser salvado. Me explicaba que las drogas eran su salvación, la manera de alejarse de un mundo completamente putrefacto. “¿Quién chucha te pidió que viajes en el tiempo?, broder”, me increpó. Entonces desperté de esa pesadilla y me di cuenta de que la única manera de salvarlo era en el presente, en la realidad.

Capítulo 2: Luis Borja volvió... a desaparecer

Es 18 de agosto. He podido recuperar mis recuerdos bloqueados. Debo escribir. El arte es lo que me mantiene con vida. Nada está por encima del arte. Ni siquiera comer.

La última vez que vi a Alexandra fue el 13 de julio. Y la última vez que hablamos, por mensajes, fue el 22 de junio. Mi hermana fue la primera en alegrarse de que esa extraña amistad haya muerto. Ella, economista, siempre me decía horrorizada que yo le triplicaba la edad a la pobre chica. Y la tía de Ale me dejó claro que ella era una simple niña y yo, “un tipo” (un tipo muy viejo, supongo).

Así que por fin estaba libre de toda atadura emocional y mental hacia una jovencita de la que apenas tenía noticias (si es que las tenía). Mi mente estaba concentrada ahora en Luis Borja. Mi poderío intelectual, algo oxidado y lastimado por tanta vagancia, ahora apuntaba a terminar una novela sobre la adicción a las drogas de Luis Borja sin que él estuviera ya directamente involucrado.

Luis Borja vive alejado de sus padres, pero muy cerca. A unos 15 minutos (en sus palabras). No tiene contacto físico con muchas personas. Dice que no quiere que ninguna chica vea su gordura. Ve necesario bajar unos 15 kilos. Por eso solo buscó a una chica fea con la que tuvo sexo, “la única huevona que me aceptaría como estoy ahora”. No está trabajando. Sus padres le consiguieron un pequeño apartamento donde una señora limpia quizás todo el edificio. También tiene “su” chamo, un venezolano cuyo casi único trabajo es llevarle comida.

Su interés repentino por querer ser profesor claramente indica que necesita dinero e independencia. Quizás por eso escribir una novela esté lejos de ser una prioridad para él. Sería más bien un lujo. Aunque inicialmente él vea nuestro proyecto como un salvavidas. Comparto, aún sin su permiso, un extracto de lo que iba a ser su novela en solitario (o su primer capítulo dentro de nuestra novela compartida):

“Nota previa del autor, a propósito de lo que no te puedo negar antes de empezar.

No puedo negarte que estoy enamorado de los gin an' tonics, unos porritos y unas líneas coquetas al paso en algún jubiloso water closet, para no decir baño. Qué delicioso. En mis buenas épocas, cada noche de juerga solía beber hasta dieciocho gin an' tonics. Ahora, nalgas. Pero tampoco puedo negarte que hoy estas sustancias son un amor imposible, un amor doloroso, un amor que si me acerco no tiene cura, me acerca a la muerte. Tan imposible es este amor, que es como querer darle un beso a esa chica de la que perdidamente te enamoraste hace algún tiempo y que de pronto te la encuentras de fiesta en una discoteca de Lima con un guapo sujeto que la tiene tomada de la mano de una manera muy romántica. Y te lo digo porque he tratado de hacerlo, he tratado de darle un beso a esa chica y todo terminó en una surreal trompeada con el fémur partido en dos y un desgarró en el cuádriceps y después mucho perico, mucha coca, en las afueras de aquella discoteca para aliviar el dolor físico y sobretodo el de corazón. O sea que sí, mi relación con las drogas es totalmente imposible, platónico. Yo las amo y ellas ya dejaron de amarme. Y por más que yo quiera ir las a buscar y preparar un encuentro románticón, con velas y dos copas llenas de rebosante vino, de ahora en adelante yo siempre voy a salir perdiendo, las drogas ya no me quieren. No puedo negárselo a usted, porque ya perdí. Las drogas me ganaron”.

Capítulo 3: susurros

X de octubre del 2014

Los Helguera siempre hemos sido una familia ejemplar. Incluso cuando yo me aparté de la iglesia, nadie me veía como un rebelde. ¿Y cómo no? ¿Cómo podrían juzgarme si albergaron por 10 días a un asesino? ¿Cómo podrían señalarme si ellos mismos admiten sus pecados? De eso se trata ser cristiano: de aceptar que eres un hombre roto que necesita un mesías. Y de entender el perdón. Debes perdonar todo. Los insultos, los chismes, las humillaciones, los golpes y el desprecio. Somos mártires glorificados. Eres más cristiano, mientras seas más pisoteado por el mundo. Y está bien. Es el precio por todos los momentos felices. Cuando conoces la verdad y te señalan como mentiroso, solo queda reír al final. Porque de eso también se trata ser cristiano: todos los que te llamaron mentiroso lo pagarán. ¿Eso nos motiva? Es lo que siempre me repetía a mí mismo luego de sufrir una humillación. Me reía de ellos. Sabía que el tiempo me daría la razón.

“Huevón, me haces la semana con tu debate con el profe Fernández”

Julio, mi mejor amigo, señalando mi desempeño. Lo de “huevón” ya ni sabía si era algo cariñoso o con pretensiones de herirme. Fue mi turno de presentarme y decidí declarar que creer en Cristo no era una creencia infantil como minutos antes la había calificado Juan. El profesor Fernández había celebrado aquello, pero mi pacífica declaración la tomó casi como una afrenta. Su mirada soberbia me estremeció. Pero perseveré y agregué que eran los ateos quienes tenían creencias infantiles, que las evidencias sobre Dios estaban a la vista. Fernández no contuvo la risa. Luego se presentó mi amigo Julio, pero no me defendió. Ni si quiera le dio importancia al incidente. Luego siguieron los demás muchachos.

“Huevón, Miguel, me haces la semana con tu debate”

“Ya me lo han dicho, Juan”

“Huevonazo, ¿qué pasa? Respóndeme bien. ¿Ya compusiste tu nueva prédica? Jaja, huevonazo de mierda”

Pasé el receso en el baño sin querer tener contacto con nadie. No quería volver al salón. Me sentía tan solo ahí. ¿Por qué Julio no me había apoyado? ¿Acaso no creía en Dios como yo? ¿Por qué ningún otro compañero dijo nada sobre el asunto?

Regresé y fingí que nada pasaba. Como siempre. Recuerdo la primera vez que vi a mi padre completamente alcoholizado. Mi madre nunca ha querido enfrentar la realidad. Ella me encerró para que no viera el espectáculo que daba mi padre. Estuve solo en la oscuridad hasta el día siguiente. Yo decidí cerrar los ojos. Era una habitación iluminada, pero quería pensar que yo simplemente había decidido ir a dormir. Nada pasaba. Nadie me había obligado a nada. Nadie me había herido. Yo había decidido dormir.

“¿Qué pasa?, hermano, no es manera de hablarle a tu prójimo. Juan solo estaba preguntando amablemente. ¿Acaso no se predica con el amor?”

“Sí, Ítalo”

“Hermano, queremos que nos evangelices ahora mismo. A los 3. Carlos y Juan quieren escucharte. Tu argumento de hoy incluso ablandó el corazón de Juan”

El perdón no forma parte de la justicia. La amnistía es solo otra palabra para decir impunidad. ¿Era feliz perdonando? No, a mí no me daba paz. Me calmaban susurros, me decían que yo era fuerte.

“Vamos, hermano. No temas. Sigamos. Hombre de poca fe”

“Ítalo, ya hemos caminado mucho”

“¿Acaso no te gusta nuestro campus? Estamos en la mejor universidad del país. Hay que disfrutarla. Hermano, agradece a Dios”

“Juan, ¿en serio quieres acercarte a Dios?”

“Sí, y Carlos también. Pero queremos que nos prediques en un lugar apartado. Ya sabes... para escuchar a Dios directamente”

“Miguel, hermano, ves, todo es cierto. Sigue caminando. ¿A qué le temes? ¿Acaso Dios no cuida tus pasos?”

Ese día ellos me golpearon. Me pusieron boca abajo. Yo decidí cerrar los ojos, mientras ellos jugaban a bajarme los pantalones. Me mantuvieron ahí por unos minutos, mientras Juan supuestamente se masturbaba. Yo no quería ver nada. Estaba boca abajo. Solo cerré los ojos. Alguien los enfrentó. Alguien que me repetía que yo era fuerte.

Unos días después, seguía encerrado en mi casa. Apenas leía los mensajes que me enviaban. Ítalo me citaba para pedirme disculpas. Mariana me preguntaba inocentemente qué había sido de mí. Gabriela me recordaba algo sobre una reunión con nuestros ex compañeros del colegio. Ella, C, me había enviado un versículo (Juan 3:18-20) y Alex Aguilar me recordaba, ya por tercera o cuarta vez, de una forma enfermiza, que yo estaba tarde.

Nuestra reunión consistía en unos debates sobre Lógica y las falacias argumentativas. Él había estudiado en la misma universidad que yo y que casi todos mis amigos. Era un chico de baja estatura y con un alto grado de cinismo. No resaltaba de entre las personas excepto por sus violentas cejas y un ligero estrabismo en la mirada (no sé si en el ojo izquierdo o en el derecho). Pero lo que más disfrutaba hacer era desmontar los discursos de distintos colectivos ciudadanos. Repetía con bastante orgullo que se dedicaría a la propaganda, a desinformar (crear “información creativa”) y a la política. El mayor reto para él implicaba convertir un pequeño movimiento político en uno que unificara el país. El orden para él era más importante que la igualdad y la libertad. La justicia era el valor absoluto.

“Tienes que denunciar a esos imbéciles. Haremos que los expulsen”

“No llores. No pudieron doblegarte. Eres fuerte. Vamos”

“Puedes confiar en mí”

Capítulo 4: redo

Estoy enamorado de una mujer de 14 años. Una que no sabe que ante sus ojos está un hombre de 30. Ella solo ve a un chico de 25 al que tímidamente trata con distancia y respeto. Mi corazón se acelera al escuchar su voz. Desearía no ser un simple vendedor en un mercado, desearía no vestir un guardapolvo marrón que cubre quién soy. Es la segunda vez que hablamos. Se ve pequeña, incluso más que yo. Sus ojos son hermosos. Los míos luchan con el polvo del lugar en el que estoy recluso. Un velo de plástico rodea mi fortaleza de vitrinas. Allá afuera hay una nube de veneno que solo los ojos son capaces de soportar. Especialmente los suyos. No puedo verla sonreír a menos que lo haga con el alma. ¿Ella puede verme hacerlo? Entrecierra los ojos, baja un poco la mirada y vuelve a mirarme fijamente. Sé que no tengo lo que ella me pide, pero deseo seguir viendo sus ojos. Le muestro sustitutos que hago pasar por una abertura, la parte más debilitada del velo. Su mano lo cruza con mucha dificultad. Entonces decido levantar parte de este, decido ayudarla, y descubro la mirada de alguien que solo ha visto el lado bueno del mundo.

Su frente tiene un huésped común de las chicas de su edad. Parece sangre fresca sobre su piel clara. Su cabello negro es el marco ideal para la pureza de sus ojos. Hay un poco más de luz en los suyos que en los míos. Yo puedo ver el color de su mirada y ella solo puede reflejarse en la mía. Algún día lo sabrá. Algún día esa niña de uniforme escarlata sabrá que yo le juré amor eterno. La amaré como no pude hacerlo con su madre. El nombre que otros le dieron saldrá de mi boca más veces que los días perdidos. Nunca más volveré a fallarle.

Alex Aguilar

Martes 10 de noviembre del 2020

Me siento solo. Luis Borja ha desaparecido, quizás para siempre. Ale tampoco está ya en mi vida. Nunca nos amistamos. Sueño mucho con la iglesia a la que asistí por casi 3 años en La Molina. Quizás sería buena idea ir de incógnito, con la boca tapada (como seguramente todos lo hacen). Creo que pocos reconocerán al hombre de 30 años cuyas cejas violentas empiezan a desaparecer. Quizás si miro a la izquierda notarán mi estrabismo y se acercarán a saludarme. Pero no será igual. No habrá abrazos de amigos ni besos por parte de chicas demasiado inocentes. Con suerte, alguien me invitará a unirme a algún grupo de jóvenes (o de viejos). Y yo rechazaré la propuesta, como en mis sueños (como en esa realidad alterna que añoro). Sé que Charly está 5 sillas lejos de mí. Está a mi derecha. No lleva mascarilla. Nadie lo hace.

Las sillas deben ser de una madera cara, pagada con los diezmos que jamás he dado. Las butacas están separadas en 3 partes. Yo me encuentro en la central, la más pequeña, observando al pastor más veterano de todos, el fundador de nuestra iglesia. Me encuentro en la tercera fila, la penúltima de todas. Estoy al extremo izquierdo. Charly está casi al otro extremo, flanqueado por una jovencita y una señora que está aprendiendo a ser humilde. Él las mira de manera lasciva.

La estatura de Charly es anormal, como todo en él. Al estar sentado, sus hombros parecen estar a punto de liberar un par adicional de brazos. Su camisa blanca ni siquiera tiene mangas largas que puedan contener su locura. Sus brazos, los humanos, terminan en unas manos inquietas que luchan por no tocar a la jovencita de su izquierda. Sus ojos tienen menos voluntad. Su pantalón negro tampoco es suficiente para contener su deseo. El pastor nos pide cerrar los ojos. Es un alivio.

Luis Borja nunca quiso decirme qué crimen realizó por culpa (o gracias) a las drogas. ¿Agredir a su ex enamorada? ¿O quizás a alguien de quien no se tiene ya noticias? Quizás alguien que jamás importó. Solo pude pelear una vez con él. Me gustaría saber si ahora yo podría ganarle. ¿Sería capaz de cegar su vida con mis propias manos? Últimamente esa es la manera en la que mido a las personas: la resistencia que pueden darme. Yo no puedo ir hasta Máncora para saber la razón de su posible destierro. Sería inútil. Pero Charly recientemente ha lidiado con un caso de homicidio en una playa uruguaya. Por eso lo

contacté. Es el único detective que dio con la respuesta al asesinato de Lola Chomnalez. El hombre que le declaró la guerra a los carteles brasileños.

Pero primero debo asegurarme de que ese hombre espantoso de cabello grasiento sea el verdadero detective. Debo medir su capacidad. Por eso le pedí que me investigara. No tiene fama de salir personalmente. Tiene muchos informantes y empleados, como el que recogió el dinero que dejé en un tacho de basura.

Domingo 9 de noviembre del 2014

¿Pero qué me hizo sospechar realmente de Alex? Me enteré por una amiga que me estuvo rastreando, él quería saber quién era “Mefistosinjebe”, el putaño que podía saber qué mujer era puta o no con solo verla (bueno, más o menos). Rating que subía, amiga a la que visitaba. Ellas trataban de sacarle toda la información posible. Él solo las miraba directamente a los ojos y pedía que lo masturben por 80 soles. Solo eso. Era todo lo que pedía. Y no preguntaba nada más. Ni pedía que hicieran nada más. Con las chicas que reseñaba como “Kamikaze69” en “Perutops” era distinto. Conversaba más con las chicas. Les preguntaba directamente por mí. Les preguntaba si yo era un tipo extraño. Algunas le daban información. Él dulcemente solo pedía que lo masturbaran. Por 90 soles.

No, no soy Charly. No lo conozco y espero nunca hacerlo. Soy Luis Borja y necesito salvar a Alex como él me salvó a mí. El buen Alex fue la segunda persona a la que contacté luego de salir de ese infernal centro de rehabilitación para familias “de bien”. Y con eso me refiero a familias que se rodean con el poder. Por mucho tiempo yo fui parte de ese mundo y lo añoro; extraño, por ejemplo, a mis amigos de la infancia: a los doce apóstoles. Todos nos iniciamos a la misma edad en el alcohol, pero solo a mí me tomó como rehén. Alex me salvó de la manera más surrealista posible. Estoy seguro de que no me creerán, pero esta, querido lector, es mi confesión. Y la manera de pagarle a mi amigo por la oportunidad que me dio.

Luis Borja sentía que podía controlar a otras personas. Por eso invitó a Alex a su casa. Necesitaba una tercera oportunidad para arreglar su vida. Había regresado al año en el que inició su amor imposible con el alcohol y decidió que quería volver a amar. Era un hombre corpulento de 1.67 de estatura, minimizado por vivir en la alta sociedad. La única persona que realmente lo había amado veía en él a un hombre que solo ella podía salvar. Ariana, su redentora, volvió a enamorarse de él. Todo había estado calculado. O es lo que pensaba Luis. Su mente no podía luchar contra su instinto. Y tampoco contra el amor.

Si pudieras volver en el tiempo y dar pasos distintos, ¿realmente lo harías? Luis, luego de perderlo todo, se lo preguntaba incesantemente todas las noches antes de masturbarse. Necesitaba las dos manos para contener su adicción (su pene era alto para el promedio peruano y lo suficientemente grueso para que las chicas olviden las ofensas con las que solía acompañar sus embistes sexuales). Aunque solo 20 minutos en carro lo separaban de sus padres, jamás antes había estado tan lejos. Eran también 20 kilos los que deformaban su figura otrora atlética. Pero sonreía en ese humilde espacio. Alguna vez pudo ver su colchón desnudo al despojarlo de la sábana. Luis había logrado crear un charco de sudor. Lo veía con orgullo. El único ejercicio que hacía era ahora también un acto divino. Un dios hacedor como él era también el demiurgo que Alex había necesitado en su única novela exitosa (la cual no cambió su vida casi en nada -la de ninguno de los dos-). Así salvó, un poco, a Alex, pero necesitaba volver otra vez a enamorarse del alcohol y de Ariana. Necesitaba volver y repetir casi los mismos pasos. Solo planeaba escribir una novela distintas cada vez y dejar el resto de su vida de manera intacta. Esta vez no encarnaría a un detective, escribiría sobre el amor. Solo hacía falta la mescalina. Deseaba coquetear de nuevo con Camila y pagarle de nuevo los 100 soles. Quería volver con Alex, pero a quien tenía en su casa era un pusilánime que a las drogas solo las conocía por medio de la literatura.

A Alex, dos centímetros inferior, lo veía como un asistente. Era alguien de cejas violentas y un estrabismo apenas perceptible en el ojo izquierdo. No era la misma persona que le había dado el boleto a su nueva vida, específicamente necesitaba recordar. Mientras fumaba un cigarro bajo el cielo frío y gris de su terraza, sabía lo que le esperaba: un promedio de tres horas de sueño al día por las próximas semanas. La noche anterior las voces revolventes de su mente le repetían al unísono: “el trabajo duro está por comenzar”. Le daría a

Alex la historia que necesitaba (que ambos necesitaban contar) y luego volvería a reiniciar su vida.

“¿Sabes? Quiero saber qué sienten mis padres cuando me ven en esta situación”, le dijo a un descolocado Alex Aguilar. Usualmente, su madre que no duerme bien sube para fumar un cigarro a altas horas de la noche. Ella lo mira escribir, como ahora, y Luis también le devuelve la mirada. No hablan, solo se miran. Ella desde la mampara y él desde la sala de luz tenue; él no sabe si ella lo arroja con ojos de piedad o más bien lo abraza con ojos orgullosos.

Ese domingo no era diferente, ella lo miraba. “¿Qué siento, cuando me mira?” se preguntaba Luis a sí mismo. “¿Esta vez está orgullosa de mí?”, pensaba. “De alguna manera renuncié a llenar ese vacío -ya es muy tarde para cambiar el curso de la historia, de mi historia, no quiero hacerlo-”. Cuando su madre abandona la terraza, cierra la computadora, mira el reloj y sabe nuevamente que va a dormir muy poco esa semana. Se conduce hasta su cama e intenta ser abrazado. Duerme con una detestable ansiedad eléctrica, característica de un domingo paralizante. Desearía que este Alex lo supiera, le gustaría que él bebiera del mismo elixir. Desearía viajar con él, al menos esta vez.

—¡Mamá, ¿puedo salir?! —aventó un grito desde el primer piso al segundo. Cada vez que debía pedirle a su mamá algún tipo de permiso, gritaba escondiendo la cara y la mirada: resguardándose en sus gritos agudos. Luis tenía dieciséis años.

—Sube —le dijo su madre sin gritar. En tan solo una palabra que lo llamaba, ya podía oler una respuesta negativa a su permiso. Pero siempre guardaba un as bajo la manga y bien que lo había preparado con cautela.

Corrió por las escaleras hacia el cuarto de su mamá. Había practicado —como de costumbre— su “speech” en la movilidad del colegio en el camino de regreso a casa. Su compañero de práctica era siempre su mejor amigo: Ignacio, el primer apóstol. Él ya había tenido la oportunidad de presenciarlo en la movilidad del colegio un sinnúmero de veces; en efecto, escucharlo siempre era entretenido. Eran cómplices de un plan maestro.

Entonces Luis saludó a su mamá con un beso, disimulando la ansiedad que se le desbordaba por los poros.

—Ma, nos han invitado a la casa de los Gallese, hay una fiesta —dijo con una voz engreída.

Después de una pausa prolongada, continuó:

—Me gustaría ir —sostuvo. No era la primera vez que él salía, ya había empezado con esas andanzas desde el semestre pasado y su madre aún no se olía lo que se podía tener entre manos.

—Hijo, sabes que no me encanta la idea de que salgas, todavía no estás en edad— afirmó resignada.

Anticipando la respuesta rápidamente, respondió tratando de calmar la preocupación: —¡tranqui, ma! Nos han invitado a Ignacio y a mí.

Cuando Luis conoció a su mejor amigo, su mamá se hizo amiga de la mamá de Ignacio y con esa premisa, pues empezó su precioso “floro”; un “floro” que la convencería innumerables veces de dejar ir a su hijo con su mejor amigo; un “floro” que llevaría a Luis desde la comodidad absoluta de su casa al mundo de las drogas. —Gracias, mamá—.

Capítulo 5: reescibiendo “Memoria fragmentada”

Desde que ella rechazó avanzar en esa relación que para mí era incipiente (el 18 de marzo), pensaba todos los días en mi novela del 2015, texto que para mí es autobiográfico. Me convencí a mí mismo de que casi todo lo que he escrito es real. Hasta que desperté (recién en el 2019, al descubrir que yo no era un detective privado —que todo eso era un delirio—). Pero ahora, en mis sueños y en la soledad, todo volvía a sentirse real.

Prólogo: “mis” ojos

Por Alex Aguilar y Luis Borja

Me habló recién luego de una semana de aparente reclusión. Era una versión apagada de Jack. Estaba ante el mismo hombre de casi metro ochenta pero sus expresiones eran recatadas... temerosas. Cierta paranoia parecía invadirlo por momentos. Y soltaba unos relatos que me asustaban. ¿Por qué nadie podía recordarlo? ¿Unos meses fueron suficientes para borrar todo rastro de él? Me sentía extraño hablando con ese hombre sobre sus sentimientos. No quería conocerlos.

¿Y quién querría? La indiferencia era el veneno preciso. Debía ser administrada en dosis correctas. Si se hacía de esta manera, podía ser una cura milagrosa; convertir a un moribundo en alguien hambriento de vida. Podía redimir al amigo que primero requiere una necesaria muerte —una visita al purgatorio o el descenso a un infierno no tan eterno—.

Había algo extraño en él. No me sentía cómodo cuando hablábamos porque yo siempre evadía el tema de Cecilia y el resto de temas eran por lo menos delirantes. Decía estar maldito. Decía que su existencia había sido arrancada de la mente de los demás. Una tarde decidí abordar ambos asuntos porque surgió algo de amistad (él era un aspirante a escritor y yo un hombre que no había fracasado aún en la literatura). Me quiso convencer de algo totalmente absurdo. Pensé que era un juego. Aquella vez, la última charla de todas, dijo que Cecilia lo recordaría si lograba darle un beso.

Jack, me dijo, debería ser como ese hombre que solo existía en la mentira que le contó a Cecilia. Debía hacer que la ficción se volviera realidad. Solo así Cecilia lo volvería a amar. Yo, por supuesto, le dije que no me jodiera más si ya tenía esa respuesta. Él me ignoró y me apartó de la tramoya. Yo solo sería un observador. Quería ser solo eso. ¿Recuperaría Jack a Cecilia empleando una nueva personalidad? ¿Era ignorado o estaba maldito?

A: el desencuentro con el ser amado

El día anterior Jack había logrado acercarse a Aníbal Castaños pese a la aparente amnesia del último. O quizás gracias a que Aníbal la fingía. Se encontrarían en la fiesta de Luis Borja (el no tan nuevo pero ahora recurrente pretendiente de Cecilia). Aníbal era una de esas amistades a las que no se le puede confiar nada. Ni secretos ni miedos. Y menos dinero. Aquel sujeto alto, que era como una versión más marginal del propio Frankenstein, conoció a Jack en el sexto ciclo de la universidad y ahora “Frankie”, un año después, seguía en el mismo.

Por ese entonces poco se sabía de la leve, pero incesante, adicción de Aníbal. Tampoco se sabía de su relación con una niña de 16 años. Ni lo obsesivo y celoso que podía llegar a ser.

¿Cuál es la única respuesta posible para un hombre inculto que ha sufrido? La violencia... la violencia extrema. Ella hermana al rico y al pobre, al culto y al tonto, y a Jack y a Aníbal. Ambos golpeados por la salud ajena y la enfermedad propia. Ambos deseando, de tanto en tanto, a veces la vida y a veces la muerte.

Pero Aníbal era un parásito. El chupasangre de Los Castaños. Un pobre diablo. Un delincuente. Aunque algunos le veían nobleza en el rostro.

Jack, ya para ese entonces, había tomado la conciencia de un personaje sacado de una funesta novela tremendista. Un personaje a punto de explotar ante la menor provocación. Aníbal, en cambio, había aprendido de los fugaces encierros causados por su resaca. Ambos se dirigieron a la fiesta sin siquiera notar a sus semejanzas. Había cierto cariño y respeto por parte del bobo pero el culto, quizás el verdadero estúpido, no podía verlo.

El lugar de la fiesta emulaba un castillo. Jack pasó muy rápido. Entró como si llegara tarde (como si a alguien le importara). Aníbal sí se detuvo a mirar un poco los exteriores (como una persona normal) y a la gente que era atraída por el carisma y dinero de Luis. Pudo notar que eran invasores en la tierra de la gente “de bien”, individuos que se rodean del poder como víctimas y victimarios.

Era una casa lo suficientemente grande para contener el ego de todos los asistentes. La había alquilado la mamá de Luis como recordatorio de los beneficios que trae ser un buen hijo. La Molina había sido el lugar elegido. Para llegar se debía pasar por un camino de perdición en el que se apagaban los vibrantes (y molestos) cantos llenos de valores cristianos de una iglesia llamada “Nueva vida”. El último paradero de la ruta era una gran cochera de 1000 metros cuadrados cuya habitual oscuridad la podía convertir en un cementerio improvisado. Pero no esa noche. Luego bastaban unos cuantos pasos para llegar a una fiesta donde el alcohol, y no Luis, era el verdadero rey.

La mayoría había asistido a la fiesta a felicitar a Luis por el éxito de su nueva novela. Nosotros no. Y muchos tampoco. Sus textos eran totalmente prescindibles. No eran reflexivos ni novedosos. Ni entretenidos ni impactantes. No había ganado ningún premio pero sus contactos hicieron posible que tuviera una publicidad que no le hacía justicia. Era un maldito fraude.

Luis había sucumbido a la literatura ligera y comercial. Pero su domesticación le había traído cierta fama y algo de dinero. Aunque de esto último ya tenía suficiente. Jack se acercaba poco a poco a la escena con una navaja en el bolsillo. Luis, el anfitrión, ni siquiera había notado su presencia. Y tampoco Cecilia. ¿Lo estaban ignorando? Pronto lo sabría.

Aníbal interrumpió la caminata. Se interpuso. Miró fijamente a Jack y lo dirigió hacia un grupo de amigos. “¿Todo bien?, Jack. Espero que esta vez no cometas una locura”, le advirtió Aníbal. “¿Esta vez? ¿Acaso ya recuerdas las anteriores?”, lanzó Jack. Solo hubo silencio. Aníbal bajaba la tensión con algunas bromas. Aníbal se refería a Luis como un aristócrata que podría camuflarse entre el pueblo llano (por su color de piel). Lo cierto es que Luis era un hombre bastante inteligente que había aprendido a no responder a blasfemias de ese tipo. Se encontraba en un plano en el que un cuestionamiento sobre su legitimidad era una canallada bastarda o donde la calumnia de ser adoptado solo le podía producir una mueca. No había forma de provocarlo. O, en todo caso, las había pero él siempre analizaba la situación y al rival.

Obviamente Luis le podía sacar la concha de su madre fácilmente.

Cuando vio que Cecilia se alejó a buscar algo distante a Luis, le pareció natural ir a reconquistarla. Ella lo miró directamente a los ojos mientras se acercaba aún más. Era una mirada que Jack no podía relacionar con algún momento anterior. ¿Era la mirada de sorpresa que causa un extraño o la contemplación de alegría que despierta el ser amado? ¿Qué eran esas cejas levantadas y esa ausencia de sonrisa? ¿Qué decía el cuerpo de Ariana cuando parecía no querer revelar nada? ¿Recordaba o no a Jack? ¿O al menos lo hacían su cuerpo y su respiración?

Jack se sentó por una hora como si el tiempo se hubiera detenido para él. Así pasó una hora mientras Aníbal maldecía haberlo traído. “Ese huevón”.

Jack entonces se paró. Caminó decididamente hacia Ariana y la tomó de la mano. Pero la soltó casi al instante. Estaba maldito.

Las respuestas de Ariana siguieron siendo introvertidas. Ella no podía ni mirarlo. Jack, que era un hombre inestable, hizo cada vez más iracundo su cuestionario. Estaba como poseído. Violentaba a Ariana con más preguntas. Eran como golpes. No eran certeros y quizás no pretendían lesionarla. Pero eran como amenazas de lo que estaba a punto de venir. A veces ni esperaba una respuesta. A veces le bastaba con media palabra para lanzar otro puñal.

Porque eso comenzaba a ser: un hombre resentido intentado un homicidio. Un hombre que amagaba a matarla. Y sus manos empezaban a ser como puñales. Y luego hasta se podía escuchar cómo no daban en el blanco pese a desearlo.

“¿Qué mierda haces?”, increpó Aníbal a un descontrolado Jack. Algunos habían escuchado los gritos. Jack decidió que era hora de sacar la navaja. Aníbal trató de contenerlo. Jack lo empujó y este cayó sobre una mesa de vidrio. Aníbal se repuso y golpeó a Jack fuertemente en la cara las veces necesarias para noquearlo.